



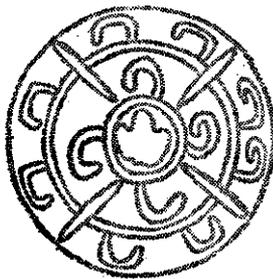
[www.senado2010.gob.mx](http://www.senado2010.gob.mx)

[www.juridicas.unam.mx](http://www.juridicas.unam.mx)

# ORIGINALIDAD Y VIGENCIA DEL PENSAMIENTO BOLIVARIANO

*por*

CARLOS ALBERTO BERNARD



*Panamá*

## A MANERA DE PRÓLOGO

*A la invitación que formulara Su Excelencia, licenciado Jaime Fernández MacGregor, Embajador de México, a la Sociedad Bolivariana de Panamá, solicitando el aporte de miembros de la misma que, con escritos sobre el Libertador Simón Bolívar, contribuyan a la edición especial que editará la Cámara de Senadores de México, para conmemorar el bicentenario del natalicio del Libertador y en respuesta a solicitud personal que con el mismo propósito me formulara el honorable señor licenciado Fernando Esquivel, secretario de la Embajada de México en Panamá, que representa para mí un honor, la cual agradezco en todo lo que vale y es una responsabilidad que no declino, por mi condición de miembro de la Sociedad Bolivariana y ciudadano de la América a la cual Bolívar ofrendó su vida en el empeño de legarle libertad.*

*Considero que si el Libertador dedicó a Panamá la frecuente atención de su alma visionaria, considero que si él se empeñó tanto en leer las páginas, entonces no escritas, de nuestro futuro, lo menos que podemos hacer los panameños es tratar de analizar con admiración y reverencia la originalidad de su pensamiento, el cual aún mantiene tal vigencia, que ni dos siglos han podido eclipsar.*

[Panamá, 7 de junio de 1983]

**D**ENTRO de la infinitud del tiempo, la vida de un hombre tiene la breve duración de un soplo perdido en la eternidad.

Pero, superando ese invariable principio universal, la existencia de Bolívar tiene la inacabable permanencia de una jornada que, habiéndose iniciado el 24 de julio de 1783, efemérides cuyo bicentenario conmemoramos este año, apenas si padece el breve eclipse de su deceso físico el 17 de diciembre de 1830, para continuar iluminando con su pensamiento y sus ideales el espíritu de América, como un día sin tardes y sin noches.

Cualquiera que sea el enfoque que se pretenda hacer en torno a la obra de Simón Bolívar, encontrará siempre quien lo intente, el fenómeno poco común, de que en el Héroe de América se fusionan, siempre con dimensiones de grandeza, el pretérito, el presente y el futuro.

Para analizar a profundidad el ideal bolivariano no es suficiente ningún tiempo, ni tiene capacidad ningún intelecto humano por sí solo. Haría falta para ello el recurso de mente de todo el mundo americano y se emplearía en ese afán cualquier instante del presente y toda la variedad del porvenir.

Como valiosa motivación para estudiosos y literatos, la vida de Bolívar es y será siempre una prodigiosa fuente de inspiración y de ejemplo para auscultar en ella todas las gamas que pueda revestir la grandeza del alma humana. Desde luego, será siempre vano intento el de pretender agregar algo nuevo a los planteamientos que se

han hecho en torno a tan señalado varón de América. Pero nunca estará demás el hacer señalamientos en torno a una de sus cualidades esenciales, la que, a nuestro juicio, constituye uno de los mayores créditos que puedan atribuirse a Bolívar y no es otra que su originalidad, la cual le permitió aventurar conjeturas, dictadas, como él mismo dijo, “por un deseo racional, y no por un raciocinio probable”.

Para una América, que habiendo surgido de la fusión de razas y civilizaciones tan distintas, como son la europea y la indoamericana, que adquiere pronto cualidades propias, legítimamente originales, no cabía un caudillo que no fuera tan original como ese mismo suelo sobre el cual había de escribir, con brazo, corazón y pensamiento ese grandioso capítulo de la historia, el cual selló el destino del Nuevo Mundo.

Claro ejemplo de esa originalidad es el hecho de que mientras el estadista de corte clásico tiene como meta la convivencia dentro del orden y la libertad, para Bolívar, en cambio, el orden es menos y ha de venir después de la libertad. Por eso, primero libera al hombre, luego libera los pueblos y les hace sentir, vivir y amar la libertad, para después trazar normas que le señalen los caminos del orden. Primero la espada que sólo fulge a la luz de sus elevados ideales para rasgar el velo de la nada y de esa nada generar naciones y dibujar nuevas banderas. Primero las batallas, las cuales, antes del Decreto de Trujillo, propuso se hiciesen como entre hermanos, pero le sucedió exactamente lo mismo que a los mexicanos, cuando en marzo de 1812, desde Zultepec, el gobierno presenta un plan de guerra al virrey, el cual básicamente reclamaba el derecho de gentes para que la crueldad de la guerra no fuera mayor que entre naciones extranjeras, negociación recibida y devuelta con tan olímpico desprecio, a tal punto

que las comunicaciones originales fueron destruidas por el fuego en la plaza de México.

Y no es que Bolívar desestimara el valor de la ley, es que primero valoraba la vida y ésta, según su concepto, sólo tenía valor si se disfrutaba en libertad. Por eso resuenan antes y más alto las dianas de Boyacá, Carabobo y Junín, que las constituciones que elaboró para los pueblos que liberaba. Esas cartas constitucionales han cambiado, desde su nacimiento hasta la fecha, al impulso de circunstancias y de los hombres que las viven, pero las batallas siguen siendo documentos firmados y sellados en beneficio de la libertad del hombre y tienen condición irreversible ante los embates de quienes se empeñan en opacar su obra. Por eso, es el único hombre en la historia universal que ostenta, en ambos mundos y para todos los tiempos el título de Libertador, título ratificado por los congresos y confirmado por la eternidad.

Sin embargo, hay una batalla que sigue librando Bolívar, cuyo resultado final no está aún decidido, a pesar de que ya estamos en las inmediaciones del bicentenario de su nacimiento. Es la batalla de la unidad americana, sueño de quien supo que: “Es una idea grandiosa formar de todo el mundo nuevo una sola nación, con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo. Ya que tiene un origen, una lengua, unas costumbres y una religión, debería por consiguiente tener un solo gobierno que confederase los diferentes Estados que hayan de formarse.”

En esta unificación dedica Bolívar pensamiento prioritario a México, cuando indica que la metrópoli debe radicarse allí, ya que es la única que puede serlo por su poder intrínseco, sin el cual no hay, ni puede haber metrópoli.

Bolívar supo, desde siempre, que en la fusión y conso-

lidación de nuestros pueblos reside el talismán de fuerza invencible que algún día hará de estas naciones el poder máximo entre todos los grupos humanos que pueblan este planeta.

Plugiera al destino que todos cuantos leyesen estas líneas se hicieran el propósito, hecho realidad de acción, de cumplir cada día un aspecto, así sea minúsculo, de esa consolidación que para Bolívar fue santa obsesión, cielo y calvario.

En esa ardua labor a nosotros los panameños nos corresponde una parte muy importante, porque si México debería ser la metrópoli por su poder y para que no languideciera, en este caso, uno de los extremos de este vasto continente americano, a Panamá el pensamiento visionario del Libertador le veía cumpliendo el designio que Corinto desempeñó para los griegos.

Hemos dicho que esa batalla no tiene aún resultados finales concretos, porque no la ha ganado el hombre de la América, pero tampoco la ha perdido, sino que continúa librándola. Precisamente, en estos días que vivimos, ante el grave problema de la América ístmica centroamericana, convulsionada y encendida como un volcán en erupción, vemos aflorar el pensamiento de Bolívar y convertirse en acción, con gestiones que se originan en suelo panameño y cuentan con el respaldo decidido de nuestros hermanos mexicanos, venezolanos y colombianos.

Ello hasta el punto de que cuando al fin se logre la paz que todos anhelamos para esta región del continente, el nombre de Panamá tendrá que ser mencionado en primer término, entre los países que buscaron la salida pacífica de estos actos de violencia, mediante una acción de clara y efectiva anfictionía.

En esta batalla por la unidad americana, todos debemos ser soldados alistados en las filas de quienes respeta-

mos la memoria de Bolívar y deseamos rendirle el homenaje de los hechos cumplidos, de su ideario ejecutado en la práctica, para darle una vez más la plena razón a su visión de un porvenir de entonces que es el presente de hoy.

Este sería, el mayor y mejor homenaje que los pueblos de la América, libres hoy por sus acciones de ayer, podríamos ofrecerle a Bolívar en este segundo centenario de su nacimiento. Si ganamos esta batalla para él y para nosotros, habremos asegurado la existencia y la felicidad de millones de americanos y habremos también asegurado la vigencia permanente de Bolívar para que pueda seguir transitando triunfalmente, sin que puedan contra él, ni el tiempo, ni la distancia, ni el olvido.